

VERDADERA IDEA
DE LA
SAGRADA COMUNION.

Nuestro Señor Jesucristo, está real y efectivamente presente en la divina Eucaristía. Es de fe, y así lo han creído los católicos de todos tiempos y lugares. Aunque oculto tras los accidentes de color, olor, sabor, peso y dimensiones, en la Hostia consagrada vemos el sacratísimo Cuerpo glorificado y celeste de nuestro Redentor, el cual reposa perpetuamente en nuestros altares para ser el centro del culto divino, y dar á nuestras almas en la Comunión la fuerza necesaria para perseverar unidas con Dios.

Propiamente hablando, la Comunión no tiene por objeto ponernos en relación con Jesucristo,

pues le poseemos ya por la gracia; está ya en nosotros, como nos lo enseña á cada paso la Sagrada Escritura.

Tampoco tiene por objeto la Comunión darnos la vida de la gracia, es decir, la vida espiritual que resulta de nuestra unión con Dios. No puede comulgar el que no vive ya esta vida, el que no esté unido ya á Jesucristo por medio de la gracia; en caso contrario la Comunión sería un horrendo sacrilegio.

¿Cuál es, pues, el verdadero objeto de la Comunión? *Alimentar* la unión santificante y vivificante de nuestra alma con Dios; *mantener y robustecer* en nosotros la vida espiritual é interior; impedir que desfallezcamos en el viaje y en el combate de la vida, perdiendo la santidad que Dios nos infunde por medio del Bautismo y de la Confirmación.

La gracia particular del sacramento de la Eucaristía es, por lo tanto, una gracia de *alimentación y perseverancia*. Así es que nuestro Señor Jesucristo, al hablarnos de la sagrada Eucaristía, declara que nadie puede vivir la vida cristiana sino á condición de comulgar. "En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no be-

biéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros (1)."

Quien quiera ser cristiano y permanecer unido con Dios, ha de participar de la Eucaristía. Lo mismo pasa con el alma que con el cuerpo. Para vivir es necesario comer; la comida no dá la vida; la alimenta y le comunica aquella fuerza que le constituye la salud. En esto el cuerpo es figura del alma. El alma tiene su vida, resultado de su union con Dios por Jesucristo; esta union se llama gracia, y para subsistir tiene necesidad de un alimento; este alimento es Jesus eucarístico que ha dicho de sí mismo; "Yo soy el pan de vida, Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él (2)." Así como el cuerpo no puede conservar la vida sin comer, así tampoco el alma puede perseverar en la gracia sin comulgar. Las fuerzas y la salud del cuerpo dependen de los alimentos que toma, del mismo modo la santidad y el vigor del alma dependen de la Comunión.

La Comunión, entiéndase bien, no es una recompensa de la santidad adquirida, sino un me-

[1] Joan. vi, 54.

[2] Joan. vi, 49, 56, 57.

dio y nada mas que medio, de conservar la gracia, de aumentarla y de llegar á la santidad. El alimento corporal tiene identico carácter. No comemos porque tenemos fuerzas, sino para conservarlas ó llegar á tenerlas.

Y de la misma manera que es de esencia de la nutricion física el ser un acto frecuente y habitual de la vida de nuestro cuerpo, así tambien es de esencia de la sagrada Comunión el ser un acto ordinario y habitual de la vida cristiana.

Tal es la verdadera idea que la Iglesia católica nos da de la divina Eucaristía. Así el concilio de Trento invocando el testimonio de todos los siglos cristianos y de los Padres de la Iglesia, expresa formalmente el deseo de que *en la misa los fieles comulgaran, no solo espiritualmente, sino tambien sacramentalmente, á fin de que percibiesen mas abundantes frutos del santo sacrificio* (1).

Y el Catecismo romano, compuesto por orden del concilio de Trento y publicado oficialmente

(1) Optaret quidem sacrosancta Synodus, ut in singulis missis fideles adstantes, non solum spiritali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiæ perceptione communicarent, quo adeos sanctissimi hujus sacrificii fructus uberius proveniret (*Conc. Trid. sess. 22 c. VI*).

te por la Santa Sede, sancionado por numerosas Bulas apostólicas y recomendado por muchísimos concilios provinciales, añade estas graves palabras, cuya autoridad es perentoria: "Sepan los fieles que han de recibir con frecuencia la sagrada Eucaristía. Pero sobre si conviene más hacerlo cada mes, cada semana, ó cada día, no se puede prescribir una regla fija y uniforme para todo; sin embargo, hé aquí la segurísima regla que daba San Agustín: *Vive de manera que puedas comulgar cada día.* Por lo tanto el párroco tiene estrecha obligación de exhortar con frecuencia á los fieles á que, así como juzgan que es una necesidad dar cada día al cuerpo el alimento necesario, así también no descuiden de alimentar y robustecer cada día sus almas con este Sacramento: pues es evidente que no necesita ménos el alma del manjar espiritual, que del natural el cuerpo. Y será de gran provecho insistir á este propósito en los grandes y divinos beneficios que reportamos de la Comunión sacramental; así mismo convendrá recordar que ya en otro tiempo había necesidad de reparar cada día las fuerzas del cuerpo con el maná, figura del Sacramento del altar; también será de la mayor importancia aducir las autoridades de los santos Pa-

dres, que recomiendan encarecidamente la frecuente recepción de este sacramento. Pues no fué solamente del Padre S. Agustín aquella sentencia: *Quotidie peccas, quotidie sume*; antes el que considerare diligentemente, verá sin dificultad que fueron del mismo sentir todos los Padres que escribieron de esta manera (1)."

Esta es la verdad, esta la voluntad de Dios, esta la regla que nos da por la palabra augusta

(1) Fideles sæpius iterandam Eucharistiæ communionem existiment. Utrum autem singulis mensibus, vel hebdomadis, vel diebus id magis expediat, certa omnibus regula præscribi non potest; veruntamen illa est sancti Augustini norma certissima: *Sic vive, ut quotidie possis sumere.* Quare parochi partes erunt fideles crebro adhortari ut, quemadmodum corpori in singulos dies alimentum subministrare necessarium putant, ita etiam quotidie hoc sacramento alendæ et nutriendæ animæ curam non abjiciant: neque enim minus spirituali cibo animam, quam naturali corpus, indigere perspicuum est. Vehementer autem proderit hoc loco repetere maxima illa et divina beneficia, quæ ex Eucharistiæ sacramentali communione consequimur; illa etiam figura erit addenda, cum singulis diebus corporis vires manna reficere oportebat; itemque sanctorum Patrum auctoritates quæ frequentem huius sacramenti perceptionem magnopere commendant. Neque enim unius sancti Patris Augustini ea sententia: *Quotidie peccas, quotidie sume*; sed, si quis diligenter attendit erit eundem omnium Patrum, qui de hac re scripserunt, sensum fuisse, facile comperiet. (*Cat. Rom. de Euchar.*)

é infalible de su Iglesia. Medítela, pues, cada cual, penétrese bien de ella, y reforme, si necesario es, sus opiniones particulares ante esta enseñanza exenta de error.

Una vez comprendido este principio fundamental, probemos de dar una solución clara á las dificultades que se alegan por muchos para privarse ó privar á los otros de los inefables beneficios que alcanza el que comulga con frecuencia.

Mas antes de entrar en materia, establezcamos algunas distinciones importantes:

Comulgar tres ó cuatro veces á la semana, y con mayor motivo comulgar cada dia ó casi todos los dias, es comulgar con frecuencia y con frecuencia absoluta.

Comulgar los domingos y dias de fiesta no es comulgar con frecuencia, tratándose de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas, de los seminaristas, y en general de los cristianos que hacen profesion de aspirar con fervor y celo á la perfeccion; pero es realmente comulgar con frecuencia, respecto de los niños y de la gran masa de fieles que no puede consagrar mucho tiempo á las prácticas de piedad.

Comulgar cada mes ó en las grandes festividades no es una Comunion frecuente para nadie,

ni para los hijos del pueblo ni para las gentes del campo, ni para los obreros. Esto no quiere decir que no sea una práctica excelente que debe recomendárseles encarecidamente cuando no se pueda alcanzar mas; pero, de todos modos, no es la Comunion frecuente.

Esto sentado, oigamos y discutamos.

I.

Para comulgar á menudo es necesario ser mas santo de lo que lo soy.

Y para llegar á ser mas santo de lo que eres, es necesario comulgar á menudo.

¿Quién de nosotros dos tiene razon? Evidentemente eres de los que consideran la sagrada Comunion, no como un medio, sino como una recompensa; error profundo, como deciamos poco há.

Es mucha verdad, que para comulgar frecuentemente, se necesita cierta santidad. Pero, ¿qué santidad es esa? ¿Es acaso la perfeccion de los grandes santos y de los mártires? De ninguna manera; seria de desear sin duda, pero no es un